

Mi perro se llama Jean Pierre

Óscar Édgar López

I

La estúpida Secretaría de Educación decidió removerme de mi plaza de trabajo. Laboré en la escuela secundaria «Benito Juárez» durante quince años y solo hasta que la señora directora tomó su jubilación decidieron que también su sobrino debía dejar el lugar a una señora científica, ingeniera en genética. Ningún otro licenciado en Letras debería estar frente a un grupo. Me mandaron al sur, a cinco horas de la capital del estado; no tendría alumnos, sería auxiliar de la supervisión regional, poco menos que un becario, cuyas tareas se reducían a preparar café y jugar ajedrez en la computadora, perfecto para un descanso de una semana, pero una vida clavado a esa burda rutina me terminaría de fastidiar la existencia.

Fui a casa de mi madre para despedirme. Estaba la prima Amaranta en la sala, me dijo que no subiera a la recámara: «Tu mamá tiene uno de sus episodios». Le pedí que la siguiera cuidando, que yo volvería en unos meses o antes. Fui a buscar el cuchillo que papá me obsequió en la última Navidad que pasó con nosotros; luego de las fiestas el viejo cayó fulminado por el cáncer de piel y mamá comenzó con la esquizofrenia.

A mi padre le parecía buena idea regalarme navajas y cuchillos, tenía esa rara fijación desde mi niñez, quería que aprendiera a usarlos, pues para él siempre habían sido una de sus herramientas favoritas de trabajo. «¿Para qué quiere un escritor una navaja suiza, papá?», le pregunté el día de mi graduación. Él solo me tendió la pequeña caja de fieltro rojo con el escudo suizo en la tapa. Quise llevarla a mi viaje como un amuleto, algo que al verlo y sentirlo en mi bolsillo me diera seguridad y fuerza.

No hice demasiados preparativos, aún buscaba que la secretaria rectificara y me dejara en mi lugar habitual; ni siquiera me despedí de los alumnos, esos niños engreídos y enajenados con el crimen. Me senté en el sofá y me serví una copa de vino blanco, encendí mi pipa y al tiempo me descalcé de mis zapatos de charol. Desde que entré a la casa Jean Pierre se me acercó, festivo, coliloco; mi amigo canino era otra tabla de náufrago en mi soledad, viudo y laboralmente degradado.

Hice la maleta y terminé con la botella de vino, abrí otra de tinto y puse música en mi dispositivo digital. Metí unas camisas, dos pantalones, la novela *El seductor de la patria* de Enrique Serna, que estaba leyendo entonces, mi libreta de apuntes, la computadora, el ca-

ble cargador, la foto de mi amada Estefanía y seis calzones grandes, de señor obeso.

Jean Pierre estaba cabizbajo en el asiento del copiloto, me había llevado la botella, ya estaba borracho y canturreaba algunas canciones de los años noventa, cuando contaba veinte años y aún no llegaba a mi vida la ridícula costumbre de teñirme las canas, más que nada por vanidad y por probar suerte con alguna mujer: en más de diez intentos no tuve ningún éxito pero seguí infectando mi cuero cabelludo con esos químicos por pura costumbre. Ya no quería volver a involucrarme en nada que implicara citas románticas, cortejo y jamás, jamás tener otra familia política.

Cuando llegué al pueblo estaba tan ebrio que apenas pude detenerme en un acotamiento para vomitar, el perro me ladraba en tono de reproche y yo le decía: «Ya, ya... papá se siente un poquito mal». Entonces pasó una fila impresionante de camionetas muy grandes, negras, con los vidrios polarizados, un «ejercito infernal» del crimen organizado, algo cada día más común sobretodo en pequeños pueblos y rancherías. Tuve miedo, me subí al auto y abracé al can, quien, imprudente, ladraba a esos poderosos corceles de fierro; tan solo atiné a decirle: «Tranquilo, mi chiquitín, tranquilo».

Me hospedé en uno de los tres hostales del municipio, una propiedad antigua, cuyos dueños habían mantenido durante generaciones, pero había internet y televisión por cable. Encendí el televisor y lo puse en un noticiario, volví a devolver algo de vino en el retrete y luego, completamente desnudo, me tendí en la ducha para quedarme bajo el tibio chorro de agua por casi quince minutos. Veía en mi mente el rostro de Estefanía, la imaginaba en esa habitación junto a mí, hablando de escritores rusos y de pintores catalanes. Mi dicha fue interrumpida de forma abrupta por un aquelarre que se colaba por la pequeña ventanilla del sanitario. Me puse la toalla en la cadera y me asomé por entre las persianas, se trataba de una peregrinación: señoras beatas rezando y alabando a su dios en la vía pública, un verdadero lastre para cualquier nación que en verdad quiera dejar el pañal y las mamilas.

Muy temprano fui directo al estacionamiento, el hostel no era *pet friendly* y no me permitieron ingresar con mi amigo de cuatro patas. Lo abracé y le serví comida y agua: «No te preocupes, no te volveré a dejar solo una noche más», le dije levantando su lanuda oreja.

Caminamos algunas calles en busca de una cafetería para almorzar; tenía apetito de un buen café *cold brew* y una *baguette* de quesos y lechuga romana, pero a nuestro paso lo único que encontramos eran puestos de tacos, señores con ollas vaporosas con tamales calientes, anafres que soportaban cazuelas para servir atoles o café soluble. Tuve que resignarme a curar mi resaca con un tamal de chile verde y un vaso de atole de avena. Me supo horrible. Desde la niñez no probaba esa comida nacional picosa, grasienta, llena de bacterias.

Regresé al hotel por mi equipaje y puse una nota en el buzón de quejas: «El hostel es cómodo pero son unos intolerantes retrógrados al no permitir la entrada a las mascotitas». Pedí un taxi y le indiqué al conductor que deseaba ir a las oficinas municipales de la Secretaría de Educación. El hombre al volante no tardó en hacerme las preguntas acostumbradas para todo aquel con pinta de foráneo: «¿De dónde es usted? ¿A poco es profe? ¿Va a trabajar aquí?». Mis respuestas fueron, también, las usuales de alguien con resaca: «Sí, sí, tal vez», agobiado no solo por mis excesos del día anterior sino por el fuerte calor y por la insoponible voz de rata aplastada que emergía del auto estéreo en una de esas canciones de narcos y pistoleros.

El jefe era un hombre bajo y maduro que me recibió con asombro después de verme entrar a su oficina con mi perrito, después confesó que él amaba a los animales, incluso me mostró fotos de sus cuatro gatos: Bacteria, Bacilo, Coronavirus y Sarampión; le gustaba además la biología y enseñada me presentó a la jovencilla que acababa de entrar a su oficina, con dos vasos de café y una cara de repulsión terrible. «Ella es mi hija, Valeria». Me concreté a decir «Hola»; ella alzó la cabeza y frunció el ceño, en un gesto muy adolescente. Nos dejó los vasos de café soluble y se fue. Vi que

sus formas comenzaban a resaltar de manera poderosa bajo la playera de tirantes y la faldilla escolar.

El encargado Ramírez me cayó bien. Buen tipo, de esos que en verdad no encontraron mejor forma de vivir que adaptarse a la masa. Teníamos, además, afinidades literarias: él ya había concluido con el libro de Serna que yo apenas tenía en la página cincuenta. Me explicó en lo que consistiría mi trabajo, revisó mis documentos, se quejó del calor un par de veces y me dijo: «Pase usted, esta es su oficina», luego de conducirme por un corto pasillo con muebles viejos y más viejas secretarías que me dieron una sonrisa de compromiso por bienvenida.

Adentro de mi cubículo encontré una mesa con una computadora de escritorio ya bastante usada, una silla de plástico, fotografías de las generaciones egresadas de las seis escuelas secundarias del municipio y una pila de documentos de visitas a los planteles que yo debería de capturar en archivo digital. Aún con resaca, y con Jean Pierre acostado a mis pies, comencé mi primera tarea laboral. El jefe me permitió tenerlo solo ese día en la oficina.

Estaba demasiado acostumbrado y asqueado de dictar clases, en esta época en la que no hay un solo estudiante auténtico que disfrute la escuela, todos asisten porque el gobierno les ofrece una limosna mensual, la que por supuesto pagamos los contribuyentes. Odiaba dar clase y comenzaba a odiar, apenas a siete horas, mi nuevo rol de personal administrativo. Me puse los audífonos para escuchar una hermosa sinfonía compuesta por el genio Philip Glass; apenas comenzaba la parte álgida de la composición cuando me di cuenta de que el reloj ya marcaba las tres de la tarde. Adiós a Philip, o más bien hasta más tarde. Salí de la oficina y solo dije hasta mañana al jefe y a las secretarías, de seguro comentaron entre ellas: «¿Ya viste que el nuevo salió volando?».

Una vez en la calle fui al jardín y por ahí cerca encontré una tienda de productos veterinarios. Pregunte a la dependiente si tenía a la venta alimento gourmet para perro de talla chica, del lla-

mado Doggy Premium Bites, un alimento bien balanceado con grasas reducidas. La mujer, una mamá joven con el hijo en brazos, me contestó que solo había croquetas, que no sabía que marca eran porque las adquirirían a granel, «Creo que son pidigri», dijo con su voz pastosa, de largas horas sin dormir.

Nos sentamos en una banca de metal, mi amigo peludo comía esas inmundas croquetas con un hambre resignada. Lo veía y le suplicaba que me disculpara por no traer una reserva suficiente de su alimento favorito. El sol me daba en los ojos. Vi la sombra de unas piernas flacas acercarse, alcé la vista y descubrí frente a mí a la hija de mi jefe el supervisor de las secundarias del municipio. «Toma, es de biznaga, las hacen aquí». La chiquilla me tendió una paleta de hielo, verde y con un olor a planta muy fuerte. La probé y me gustó. Ella se sentó a mi lado sin que la invitara y comenzó a hablarme. Parecía una chica muy fresca, hablaba con soltura. Me contó que tenía diecinueve años. Soñaba con bailar en el ballet de Las Potranquitas Tumbadas, una agrupación juvenil de música regional, pero su papá quería que estudiara para ser maestra. Ella aborrecía la idea. «Yo también», le dije y nos reímos, porque aunque había sido profesor, los odiaba profundamente. Después me contó acerca de un hermano mayor que vivía lejos. «Hace años que no sabemos nada de él, se fue casi desde que yo nací», agregó en un tono algo triste. Sentí demasiada confianza en aquella charla, me pareció simpática, no la encontraba demasiado atractiva pero me agradó hablar con ella. Después llamó con un silbido a Jean Pierre y también la encontró simpática, tanto que no quería levantarse de su regazo para dejarla ir: le movía la cola con desenfreno y abría el hocico grande, en una sonrisa de franco amor perruno.

Conseguí rentar un pequeño departamento, algo costoso para tratarse de un pueblo, pero fue mi única opción para no tener problemas con Jean Pierre, incluso la casera le hizo algunos mimos, él movió el rabo y así nos ganamos la simpatía de aquella rechoncha ejemplar del provincianismo más colorido. La casita tenía los muebles esencia-

les. Fuimos a la recámara y probamos el colchón, viejo, de resortes, pero cumpliría su propósito. Me quité los zapatos. Mi amigo saltó a mi costado derecho y antes de que acudiera el sueño timbraron en la puerta.

Me aventaron como a un costal de frijoles, atado de pies y manos, a la caja de una camioneta negra, del tamaño de un camión, con la fuerza de un elefante de la India; el animal bramaba con estentóreo rugido y entre mis costillas rotas y mi sangre colorando el paisaje me bajaron y condujeron hasta la entrada de una choza. En el umbral distinguí la figura de un hombre delgado, luego el perímetro de una mujer. Al estar cerca de ellos percibí que se trataba de la hija de mi jefe y de otro tipo, quizá su novio, algún maleante de las camionetas negras, quien me tomó de las axilas y me arrastró dentro de la burda construcción, mientras ella me aporreaba con dureza, como una gata en celo que lucha contra una intrusa de sus amoríos de azotea.

Empezaba a despertar del desmayo que la golpiza me había inducido cuando percibí una voz por demás familiar. Pensé que sería por los mismos golpes que estaba escuchando a la actual directora del plantel del que me habían echado, tenía las manos atadas y no pude ver con claridad hasta que pasaron unos minutos. ¡Sí, era ella!. Vestía su traje sastre color pistache, sus tacones medianos y toda esa indumentaria inconfundible de bruja de escritorio. Me estaba diciendo que me había trasladado a propósito a ese pueblo para tenerme así: a sus pies, humillado y golpeado, porque mi tía le había hecho la peor ofensa: negarse a mantener un trío sexual con ella y su marido. ¡Su marido era mi nuevo jefe de oficina! Él entró a la habitación acompañado de su hija y el yerno. Yo les pedía clemencia, les rogaba que me dejaran libre, ¿por qué habría yo de pagar por las decisiones de mi parienta? «¡Cállate, estúpido, inútil», me dijo y después me dio una explicación:

«¿Recuerdas que asististe con tu tía a mi examen de grado en la Facultad de Ciencias Biológicas y Experimentación Genética? ¿Recuerdas el título de mi trabajo de titulación: *Injertos de cabeza en*

especies disimiles? Pues esa investigación se la robé a tu amada tía, pero antes de que pudiera acusarme le mandé una certera advertencia ¿Sabes de qué murió su esposo? Ella sería la próxima si abría la boca. Fue muy divertido verla rabiar y apretar los dientes para que no se le salieran las palabras. Estuve muy cerca de titularme con honores, tan cerca de la gloria, tan cerca del prestigio académico... Pero no lo logré por falta de un experimento que comprobara la hipótesis: la cabeza de un espécimen puede desarrollarse con normalidad en otro espécimen. Por eso estás aquí. ¿Reconoces a este perro?». Su desgraciada hija alzó a Jean Pierre, y lo contemplé horrorizado. Él aulló y lloró con desconsuelo.

Hoy desperté echado sobre un mullido trapo, tenía frío, hambre y sed. Me arrastré hasta el tazón con agua y tomé un trago con la lengua. Escuché que alguien se acercaba y quise esconderme pero los barrotes de mi jaula lo impidieron. Era la familia que ya me rodeaba y me decía: «Qué buen muchacho eres, Jean Pierre». Y aunque traté con toda mi voluntad de hombre de no hacer lo que hace cualquier canino doméstico, les moví el rabo, mostrándome agradecido y sumiso como el buen perrito que ahora soy.

II

Los primeros días en mi cuerpo de perro fueron terribles. Con el tiempo me resigné y hasta llegué a disfrutar ciertos detalles, como no tener que cumplir con horarios laborales, no verme presa de la sartén y la cazuela; mis crueles amos me daban buena vida. A pesar de su maldad, tenían conmigo el trato de una familia amorosa para con su miembro animal. Lo que sí me resultaba agobiante es que nunca me sacaban de aquel rancho en el que me habían secuestrado. Entendía sus motivos, no sería fácil evadir a los fisgones al verlos pasear a tan aberrante criatura.

Un día a la semana me daban un baño: tenía una tina de peltre especial a la que ponían agua tibia; al salir me envolvían en una toalla. Luego mi joven captora me cepillaba para después llevarme

a pasear en familia: dábamos un par de vueltas en las cercanías del rancho, ocasionalmente ponían en mi boca trocitos de golosinas, nada que le haga mal a un perro.

En aquellos días no tuve más pesadillas, no atormentó a mi pensamiento ninguna oscura presencia. Esto solo era una frágil ilusión, debí adivinarlo desde el comienzo, pero fui un animal imbécil. ¿Por qué no me suicidé con un hueso de pollo? Al contrario, me sentía el cachorro de los anuncios. La asquerosa directora y su familia de piltrafas con piernas me estaban entrenando: primero forjaron mi lealtad, mi cariño, con sus atenciones y sus mimos. Una tarde vino el yerno, me lazó el cuello con una fría cadena de fierro y a ras-tras me llevó al interior de la choza, donde toda la familia estaba reunida. Apenas vieron entrar mi patético cuerpo empezaron a golpearme con sus feroces pies y piernas. Intenté defenderme como un hombre, pero mis puños son dos tristes patitas velludas; luego como perro, pero mis dientes apenas sujetaban con debilidad su ropa.

La golpiza terminó y, destrozado, quise alejarme. No podía caminar. Cerraron la puerta y se quitaron, al fin, las ridículas caretas de buenos dueños: «Maldito monstruo, ¿creíste que te queríamos, que eras parte de la familia? Pobre imbécil». Yo estaba aterrorizado. No podía tampoco dejar de sentir cariño por esas personas; las odiaba con amor, como solo un excelente perro lo hace. «Vas a desquitar lo que te tragas, maldito. Desde este momento comienzas a trabajar». Por un instante imaginé que me pondría a dictar clases y me preocupó y me llenó de terror lo que pensarían de mí los niños. O quizá me querrían más en mi condición animal. «Ven para acá, bola de pelos», sentenció mi verduga, la directora.

Me llevaron a la ciudad. El viaje debió durar dos horas o poco más. Yo iba dormido y no prestaba demasiada atención al camino. Me levantaron, sacudiéndome como si fuera una bolsa de arroz. El hombre me dijo: «Vas a entrar ahí y vas a grabar todo lo que veas, ¿entiendes, apestoso?» Me colocaron una pequeña cámara en la argolla de mi collar, me llevaron hasta un agujero en uno

de los gigantescos muros de aquella nave industrial y me introdujeron. Caminé por un túnel. La pequeña cámara tenía una luz integrada y sabía que estaban viendo mi trayecto. Escuché barullo de personas trabajando, luego apareció la luz: era el final del recorrido.

En medio de la bóveda unos hombres cometían atrocidades contra un nutrido, triste y deplorado conjunto de perros mestizos, con las costillas marcadas, el pelo en plastas; los había pequeños, medianos y gigantes. Uno de los grandes percibió mi olor y volteó directo a la rendija por donde le observaba, pero debió oler que no era solo otro perro, sino el monstruo metiche en el que me habían convertido. El maldito perro flaco ladró y al instante los otros lo imitaron. El escándalo alertó a los humanos, quienes estaban a la mitad de una fiesta de sangre y sierras. Siete perros eran asesinados y después degollados por cuatro hombres. Los animales más grandes les estaban dando batalla. Los asesinos blandían el machete y los canes les lanzaban dentelladas furiosas.

Estaba a mitad de camino de regreso por el túnel; por la videocámara el hombre me animaba a correr más deprisa. Fui alcanzado por una bala que perforó apenas a medio centímetro de mi lomo o del lomo de Jean Pierre. Me atraparon con un lazo, como a una vaquilla, unos hombres montunos. Ya estaba muerto. Sentí a la paz desvanecerse cuando el líder de los humanos me observó e hizo tantas caras de asco que sentí en todo mi cuerpo ajeno una repulsión frenética, de vergüenza y de horror, porque era un despojo, un ser dos veces imperfecto, deleznable y frágil. Le agradecí el que fuera mi verdugo. Lloré lágrimas de despedida, pero su cuchillo no se hundió en mi cuerpo. Me libró del collar y, con él, de mis amos. Al momento le decía a sus subordinados: «Esta porquería es obra de mi primo. Voy a enseñarle quién es aquí el mejor degüellaperros». Entonces comprendí que era ahora la mascota de aquella escoria con dos piernas y barriga.

Por supuesto, me dieron una golpiza. Me hacían preguntas aun cuando sabían que los monstruos perro, como ellos mismos nos llamaron,

estábamos diseñados para satisfacer necesidades de su ambiente laboral, retorcido y desquiciado y que entre más silencio viniera de nosotros, mucho mejor. Todo esto lo supe por ellos mismos, que no paraban de hablar y hablar sin tener en cuenta que algo en mi cerebro de humano, yo no sé ni podría saberlo, se mantuvo vivo, atento y pude ser público y víctima de mi propia historia.

III

Levantas a un perro en la calle, uno de esos bichos nobles e idiotas. No lo veas a los ojos, podría doblearte si eres un blando. Cuando menos lo espere le atizas un golpe seco en la cabeza, con un marro o con un martillo; si aún sigue vivo le das dos o tres golpes más, hasta que deje de chillar y patalear. Sujeta fuerte la cierra y separa su cabeza del cuerpo, realiza esto en un lugar de pura tierra o tendrás que prepararte para una larga jornada de limpieza. Una vez que tengas el cuerpo degollado, llévalo al laboratorio, la cabeza puedes arrojarla a los cerdos o comerla, si te gusta el sabor de la carne de ese animal.

Después es el turno de la persona. No importa el sexo ni cómo hagas para conseguirlo: puede ser una pareja, un familiar o alguien al azar que va por la calle como si la vida fuese bella. Aquí debes reservarte los golpes en la cabeza. Puedes usar cualquier método: asfixia, disparo... Una vez que tengas el cadáver, como hiciste con el perro, separa la cabeza del cuerpo y tíralo en cualquier parte: ahora no es necesario «desaparecerlos» pues hay millares de cadáveres en todas las ciudades y pueblos. Lleva la cabeza al laboratorio y trabaja en tu monstruo perro mientras la sangre aún no se enfríe.

Sigue el procedimiento que nos enseñó tu mamá en su tesis de la Facultad de Ciencias Biológicas y Experimentación Genética; debes poner mucho cuidado en las conexiones entre cuerpo y cerebro, no es nada sencillo; echarás a perder varios ejemplares antes de lograr la hibridación satisfactoria. Recuerda que tu creatura no podrá hablar y será torpe en sus movimientos, como todo recién «creado». La paciencia rendirá frutos.

Fue tu abuelo quien comenzó a crear estas atrocidades, como una extravagancia criminal. Luego, tu madre hizo los estudios científicos. Ya sabes que él estaba en el negocio de la extorsión y le encantaba la cirugía y la medicina pero no había conseguido realizar estudios superiores. Veinte años les costó perfeccionar su procedimiento. Y cuando al fin lo consiguieron comenzaron a usar a sus adfesios como armas de terror, pues la población enloquecía de repulsión al ver que aparecían centenares de cadáveres sin cabeza y cabezas de perros y luego los mismos monstruos, algunos fieros y agresivos. Sobre todo comenzaron a hacerlos por diversión, luego les encomendaron tareas en las que no importaba si morían: poner bombas, espionaje, mandar mensajes de terror a los enemigos.

Tu mamá tardó algún tiempo en enterarse de lo que hacía su familia. De pequeña fue difícil engañarla sobre el paradero de sus mascotas; apenas adoptábamos un par de caninos, estos desaparecían a los pocos meses. Con los primeros diez tuvimos que hacer piruetas para que dejara el llanto y quisiera probar bocado; luego del décimo pareció entender de lo que se trataba. En la juventud, creo que a los quince o dieciséis años, le mostramos el procedimiento paso a paso, para que comenzara a formar parte de la industria familiar. Claro, no solo le hablamos de la producción de monstruos, la pusimos al tanto de toda la empresa. Ella lo aceptó demasiado bien y al poco tiempo comenzó a hacerse cargo de pequeñas tareas, como la extorsión en el pueblo, el cobro de cuota con los pequeños comerciantes y, ocasionalmente, vendía una par de toneladas de droga. Su talento comenzó a florecer y muy pronto ya tenía su propia célula delictiva.

En esa escuela en la que tu mamá era directora quizá lo recuerdes: consiguió ese empleo dando sobornos. Era necesario que tuviera un empleo normal para no levantar sospechas. Había un profesor cuarentón, un mediocre que no había logrado nada sustancioso en su miserable existencia, le gustaba la bebida y era un poco artista, tenía un perrillo que llevaba a todos lados, incluso a sus

clases. Esto molestaba mucho a tu mamá y juró que si llegaba a la dirección lo haría sufrir. Así es mi hija, una loca rencorosa.

El maestro era sobrino de la mujer que entonces dirigía aquella escuela secundaria, pero su día de jubilación llegó y tu madre había hecho tantos tratos millonarios que con facilidad obtuvo el puesto: ni el examen, ni la burocracia infinita de la Secretaría de Educación pudieron con ella. Cumplió su promesa: mandó llamar al maestro y le dio su traslado. Contaba siempre entre risas que el pobre inútil le suplicaba no cambiarlo de plantel ni de puesto. Pero ni sus súplicas ni sus tontas atenciones lograron cambiar la opinión de la nueva jefa. No se trataba solo de prescindir del inútil: había que aprovecharlo para algo, así que trazó un plan para hacerlo sufrir y sacarle provecho.

Lo trajo a este pueblo, donde yo trabajaba como personal administrativo: tenía mi oficina en el centro, era el jefe de tu papá, el supervisor de las secundarias. Recibí al profesor y me encargué de hacerlo sentir cómodo. Después, una llamada de tu tío Eusebio lo cambió todo. Le llamó desesperado, le dijo que la banda de los Esquites Picosísimos, tus primos, estaba tramando una producción muy grande de monstruos para venderlos a la mafia japonesa, que ya había hablado con tu mamá, pero al parecer los otros le robaron el negocio y ya estaban en la cacería de perros callejeros.

Teníamos al profesor ya casi listo, nos consideraba «su familia», pero nos vimos obligados a sacarlo de la comodidad para mandarlo a espiar a los Esquites. Lo subimos a la camioneta y le colocamos una cámara en el cuello. Tú sabes lo que pasó después: lo descubrieron, lo torturaron y, antes de que se muriera, les contó todo, incluida nuestra localización. Esa misma noche nos venimos para acá, contigo, para escondernos. Por eso llegamos ayer con esta cara triste y este coraje en la sangre. Nos ayudarás a vengarnos ¿verdad?